

R. 19461

3

SERMON

QUE EN EL ANIVERSARIO
DE LA

CONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ

EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA CATEDRAL

DE LA MISMA CIUDAD,

EL DIA 2 DE ENERO DE 1864,

EL LDO. D. FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ,

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CETA,

Y PREDICADOR DE S. M.

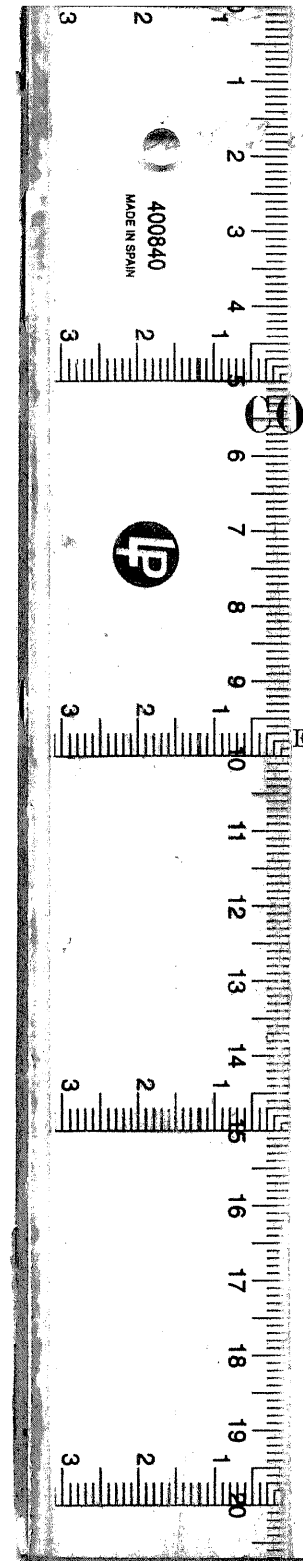


Impreso por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento.

GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1864.



R. 19461

3

v. 19461 - 9c

SERMON

QUE EN EL ANIVERSARIO

DE LA

CONQUISTA DE GRANADA

PRONUNCIÓ

EN LA SANTA METROPOLITANA IGLESIA CATEDRAL

DE LA MISMA CIUDAD,

EL DIA 2 DE ENERO DE 1864.

EL LDO. D. FRANCISCO SANCHEZ JUAREZ,

CANÓNIGO DOCTORAL DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CANTA,

Y PREGICADOR DE S. M.



Impreso por acuerdo y á expensas del Excmo. Ayuntamiento.

GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE D. FRANCISCO VENTURA Y SABATEL.

1864.



Fides, spes, charitas, tria haec.

Hay estas tres cosas, fe, esperanza, caridad.

(S. Pablo, Ep. 1.ª á los Corint., XIII, 13. J.)

EXCMOS. SRES. :

CUANDO la justicia ha grabado su indeleble sello sobre alguna página de la historia de un pueblo, esa página brilla perpétuamente como un título glorioso, monumento legado á la admiracion y á la gratitud de las edades venideras. Todas las inteligencias privilegiadas la presentan respetuosas sus altos homenajes: todos los grandes corazones la ofrecen los testimonios de su entusiasmo: todos los labios modulan suavemente una oracion y cantan sin cesar sus dulces alabanzas.

En este dia, Señores, venimos á leer una de esas hermosas páginas de nuestra historia nacional; la conquista de Granada, última preciosa joya que arrancan á



la media luna los afortunados Monarcas Fernando V de Aragon é Isabel I de Castilla. Por eso al mágico sonido de una campana que recuerda tantas glorias y llama hoy á este sagrado recinto hasta á los moradores de nuestra pintoresca vega, acompañan las tiernas efusiones del alma. Por eso aquel acontecimiento venturoso está á la vez consagrado por la Iglesia y lleno de bendiciones por la humanidad. Por eso la memoria de tan esclarecidos Reyes, así ha merecido los elogios de los escritores católicos, como ha hecho brotar rasgos de admiracion y de respeto de las plumas de los historiadores protestantes. En suma: la religion y el patriotismo, la razon y el sentimiento, todo está enteramente de acuerdo para ensalzar ese suceso extraordinario. Hacia muchos siglos que lo habia escrito el Sabio en sus Proverbios: *La justicia levanta á las naciones* (1); *y los reyes que sobre tronos de justicia se sientan, disipan en derredor todo mal con su mirada* (2).

¡Alégrate, pues, Ciudad ilustre de risueño cielo y de imperecederos recuerdos: sitio privilegiado cuya poesía arrebatada y cuyas leyendas seducen, y cuya historia asombra! Las cadenas de tu larga y ominosa esclavitud se han roto: de tus altos minaretes se ha desprendido la enseña del Islam y en ellos ondea la Cruz cristiana: tus mezquitas se tornarán en sagradas y majestuosas Basílicas: en el lugar donde crecía la palmera de Edom se ha de plantar un cedro de tradicion bendita; y las aguas

(1) Cap. XIV, vers. 34.

(2) Cap. XX, vers. 8.

de tus rios, que arrastran arenas de oro y plata, no se verán ya tintas con la sangre generosa de los mártires.

La lucha, Señores, ha sido encarnizada y ha durado cerca de ocho centurias. La Arabia y el Magreb fueron arrojando ejércitos tras ejércitos sobre nuestro infortunado país, numerosos como las arenas de sus desiertos y como las hojas de los árboles de sus bosques, y entre los invasores abundaron alternativamente los héroes, los sabios y las almas feroces. ¿Cómo ha podido España reconquistar su independendencia, venciendo con triunfo tan completo á aquellas aguerridas y formidables huestes? Católicos, el sentimiento religioso ha realizado el gran milagro. Un rayo de fe que iluminó las montañas de Asturias, lanzado por Pelayo á cuarenta generaciones de Reyes, ha concluido en nuestro territorio con la dominacion agarena, é Isabel y Fernando terminan en Granada el edificio principiado en Covadonga. Es que á la Fe, esa palabra poderosa, la Religion y la Patria añadian constantemente otras dos bellas palabras; esperanza y amor. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

Una oracion pronunciada desde esta Cátedra ante un Pueblo que celebra el Aniversario del dia de su libertad, no debia ser otra cosa que un cántico Eucarístico: el trino del ave que saluda á los árboles por su vestido de primavera; la accion de gracias del Profeta de Israel por la regeneracion de la ciudad prostituida; la alegría purísima del Ángel cuando se salva el alma que custodia. Pero las imaginaciones vehementes cruzando por el período mas brillante de nuestra nacionalidad; un Pueblo esencialmente religioso que escuchaba entusiasmado



las virtudes y las hazañas de sus mayores, hacian casi necesario que á la solemnidad de hoy se enlazaran el panegírico y los pormenores de la historia.

Aceptando yo, Señores, la costumbre establecida, trataré de ampliaros el pensamiento condensado en la siguiente proposicion: *La conquista de Granada que realizaron nuestros Católicos Reyes, es digna de las bendiciones del mundo, porque en ella están impresas con indelebles caractéres estas tres santas palabras: fe, esperanza, caridad. Fides, spes, charitas, tria hæc.*

Quizá en ninguna ocasion me sentí tan hondamente conmovido como me encuentro en este instante. Hacia ya muchos años que no ocupaba este sitio, y este sitio debia ser muy amado para mi alma. Bajo estas bóvedas sagradas se preparó mi vocacion: en esos honrosos asientos se formó un porvenir que me sonrió tantas veces, y la vez primera que subia á esta misma Cátedra para anunciar el Evangelio, recibia un dulce beneficio, de esos que no olvida jamás un corazon honrado. Acogido yo siempre por vosotros con la mas bondadosa indulgencia, confio en que me perdonaréis haberme ocupado este momento de mí mismo: era un pequeño desahogo que el espíritu necesitaba y que infunde en él un consuelo inefable. Invocad ahora en favor mio las inspiraciones de la gracia divina, por medio de esa Virgen que oye todas las oraciones sinceras, la celestial María, á la cual saludaremos con el Ángel:

AVE GRATIA PLENA, ETC.

EXCMOS. SRES.:

EL hombre del rio y el hombre del bosque, el Ibero y el Celta se habian aliado para hacer de la España una nacion valiente y generosa. El Fenicio fué el primer huésped que abusó de su generosidad y el primero tambien que experimentó su valor. Vino luego el Cartaginés pérfido con aquella dominacion que pasó como el agua de las tormentas, y Sagunto escribió una protesta inmortal contra su alevosía. Llegó el hijo de Roma que, durante dos siglos, siguió en nuestro país el camino del avaro y le aprisionó despues, ora con doradas cadenas, como Augusto, Vespasiano y Antonino, ora con yugo insoportable, como Calígula, Décio y Maximiano; y España explotada por los procónsules y los pretores le presentó batallas y le enseñó á Numancia: España floreciente le dió gloria por gloria: España cristiana y perseguida humilló á los tiranos con sus innumerables mártires. El Norte, que habia de regenerar al Occidente, trajo mas adelante entre sus tribus al Godo. Ataulfo y los Reyes que le suceden van dando á España libertad, recibiendo de ella, en cambio, la civilizacion y las verdaderas creencias, y el Reino crece hasta Recaredo y Suintila, sostiénese con Recesvinto y Wamba y va á hundirse con Witiza y Rodrigo. Los hijos del Profeta han hollado con su planta las playas españolas: la monarquía goda sucumbe en Guadalete y las huestes de

Tarik y de Muza se desbordan, como la recia avenida de un torrente, por todos los ámbitos de la Península.

Yo, Señores, no vengo á hacer un discurso académico, y no me detendré, por tanto, á examinar la cultura y la civilizacion árabes que han merecido tan grandes elogios á algunos historiadores. Á mí me admiran las nobles figuras de Abderrahman I y Alhakem I por humanos, y me aterra las de Abderrahman II y Mohammed I por crueles. El Omniada protegiendo y cultivando las ciencias, y llevando la literatura al mas alto grado de esplendor con Abderrahman III y Alhakem II, no es el Almoravide quemando la biblioteca de Merwan, ni el Almohade feroz y sanguinario como las panteras de sus selvas. Yo solo vengo á ver la parte que cabe á la Religion en las glorias de la reconquista, y á gozarme con ellas. Yo, como ciudadano, amo mucho la independencia de mi Patria. Yo, como Sacerdote, quiero ver ondear sobre los alminares agarenos el estandarte de la Cruz!

Y ondeará, católicos. De ese árbol godo que han tronchado los vientos del Oriente, un héroe ha separado una rama que planta en tierra agradecida, y, rociándola con una agua misteriosa, la hace llegar á ser otro árbol gigantesco que ha de abrazar un dia con su ramaje dos mundos. El héroe se llamaba Pelayo; la rama trasplantada es el reino de Asturias; el agua que fecundiza prodigiosamente ese reino es la fe del Cristianismo.

Todas las grandes conquistas llevan en sí un carácter especial que las distingue. Á Alejandro le guia un amor desordenado de gloria; á los Romanos un frenesí

de universal dominacion; á los bárbaros del Norte la necesidad de mejores países; á los Árabes el fanatismo; á Colon el genio; al déspota moderno esa ambicion y ese orgullo desmedidos que no le consienten respetar á un Pontífice venerable. La reconquista de España es obra en que domina el sentimiento religioso. El Cántabro y el Astur pudieron someterse, despues de tres siglos de increíbles esfuerzos de heroismo, ante un enemigo que les conservaba sus creencias; pero ante unos invasores que venian á imponerles una religion nueva, no retrocederán jamás.

Esa resistencia admirable no puede ser la fuerza que se mide con la fuerza. Allí no hay mas que un puñado de valientes que combate á un ejército numeroso y aguerrido, peleando uno contra cuatro, contra ocho, contra diez; pero esos hombres están alumbrados por la luz de la revelacion: saben que los mas florecientes imperios y los mas poderosos tiranos pueden caer heridos por la mano de la Providencia y exclaman, como un Rey de Judá, al principiar la lucha: *Señor, no hay para tí diferencia en salvar ó con pocos ó con muchos. Ayúdanos, porque teniendo en tí y en tu nombre la confianza, hemos venido contra esta multitud* (1).

Y el sol de la fe alumbró la primera victoria en Covadonga, y cada risco de aquellas quebradas montañas es un astro que guia á los españoles en el camino de su generosa cruzada. En prueba de que esa fe profunda es la que teje tantas coronas de triunfo para nuestra

(1) Paralipom. XIV, 11.

Patria, ved á los guerreros llevar á los templos sus banderas para que la Iglesia las bendiga con el agua sagrada, purísimo rocío del cielo, y con sus tiernas oraciones. Ved las figuras colosales de Alfonso el Católico y Alfonso el Casto atribuyendo sus victorias al Dios de los ejércitos: á Alfonso el Magno engastar en oro la cruz de roble de Pelayo para presentarla como ofrenda ante un altar: á Alfonso VI, Ordoño I, Fernando el Santo y Alfonso XI, ese Rey á quien tanto honraron sus mismos enemigos, llevar los testimonios de su devoción y su reconocimiento á las Iglesias cristianas. Ved, por último, á aquellos valerosos soldados que divisan frecuentemente en el espacio la luz que los dirige, ó la Cruz que los alienta, ó al Apóstol que desciende para combatir á su lado. Señores, yo no discutiré en este momento con la incredulidad ó la crítica si se verificaron todos esos milagros. La Iglesia ha consignado realmente algunos de ellos: esas fechas gloriosas que se llaman Covadonga, Clavijo, las Navas, el Salado, existen en nuestra historia: aquellas piadosas tradiciones, ese libro del corazón cuya letra es tan eterna como el sentimiento que inspira, se han transmitido hasta nosotros, y esto me basta para poder exclamar con júbilo inefable: *¡La victoria con que hemos vencido al mundo, es nuestra fe!* (1).

Próximo á terminar el siglo XV, habia en España una ciudad que reasumia toda la gloria y todo el poderío de la dominación musulmana, y habia también dos

(1) Joann. V, 4.

monarcas cristianos que recibieron en herencia toda la fe y todo el heroísmo de sus antepasados. La ciudad era la antigua Ilíberi, la Granada del árabe; pueblo amado de la naturaleza que lo arrullaba entre dos ríos y lo cubría de flores: pueblo amado de la fábula que le daba un origen poético: pueblo amado del arte, por el palacio que elevan Alhamar y Jusef: pueblo, sobre todo, amado de la Religión, á la que da, para el catálogo de sus Pastores, á Cecilio, Gregorio Bético y Regismundo; para la Suma de sus Concilios, al Iliberitano, y para su martirologio, á Rogelio, Pedro Pascual, Raimundo de Blanes, Arnaldo, Juan de Granada, Pedro de Malasanc, Pedro de Dueñas y las santas é ilustres vírgenes Juana y María.

Los Reyes eran Fernando V é Isabel I. Isabel, mujer incomparable, madre tierna, Reina insigne; inteligencia que se comunica, corazón que se reparte, fuerza y dulzura, modestia y majestad, hermosura y discreción; reparadora de injusticias, restauradora de la dignidad de la monarquía, enaltecedora del pueblo, aurora permanente sobre el horizonte de la Religión y de la Patria. El inexorable Tácito no hubiera encontrado una censura para ella. Fernando, esposo modelo, guerrero esforzado, Rey justo, piadoso, sagaz, activo, fecundo en recursos, prudente, sóbrio, amante del pueblo á cuyos hijos eleva á la participación de los más altos cargos del Estado, y tan afable y dulce que, según uno de los más fieles cronistas (1), no se le podía hablar sin amarle. El

(1) Hern. del Pulgar, cap. 3.º

Ángel tutelar de la España debió, Señores, sonreír al contemplar ese enlace, bajo cuya influencia el Reino crece, va á formarse la unidad política, y la Religión se asentará majestuosa sobre la cúspide del edificio.

¿Qué móvil ha podido impulsar á esos Reyes á acometer la difícil y arriesgada empresa de la conquista de Granada? Han sido los vivos resplandores de la fe cristiana que inflama los sentimientos de su acendrado patriotismo. El celo de la gloria de Dios les consume como á los Macabeos, y, como ellos, creen que libertarán á su pueblo para engrandecer al Señor. Su fe se robustece con la fe de los hijos de la Patria que los autorizan y bendicen: su fe se exalta con los monumentos que erigen á la Religión: su fe triunfa con la fe de sus capitanes intrépidos y sus infatigables soldados. De los lugares por donde pasan esos Soberanos con su ejército, parecen reverdecer los huesos de tantos guerreros que sucumbieron en sangrientas lides, y nos figuramos escuchar el grito fervoroso de las víctimas que dicen: «¡Por el triunfo de nuestra fe morimos; combatid por la fe!» Y el camino que se sigue en esa última lucha irá todo sembrado con testimonios irrecusables de aquella virtud consoladora: será como la estela que va dejando el buque en la superficie de los mares, pero perpétuamente indeleble con sus blancas espumas.

Los Monarcas levantarán por cada victoria un templo: el nombre de una ciudad atestiguará siempre la causa de la guerra, recordada religiosamente en el frontis de su Basílica, y los denodados caudillos que tanto abundan en aquella campaña inolvidable, imprimirán el sello

de sus firmes creencias en sus mas ruidosos hechos de armas, desde el piadoso caballero Juan de Vera que defiende con la espada en la mano el misterio de la Concepción Inmaculada en la corte de Muley, hasta Hernán Pérez del Pulgar que clava con su puñal en la mezquita la tabla del AVE MARÍA, y el joven Garcilaso que corona brillantemente tan inmortal hazaña.

Esa planta misteriosa de nuestra fe ha recibido la bendición del cielo que la enriquece con perfumadas flores y delicados frutos. Las flores son la esperanza y los frutos son la caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

¿Habrà, Señores, una cosa mas dulce, ni mas suave, ni mas risueña, ni que mas se apodere del corazón del hombre y lo domine, que la esperanza? Y si, agobiados por las desgracias y los dolores de la vida, ponemos un pié sobre la tumba y levantamos el vuelo de nuestro espíritu hasta el cielo, ¿habrá una virtud tan resignada, tan fecunda, ni tan consoladora? ¡Oh! La esperanza es el aroma de nuestra existencia: es la luz que alumbra nuestro camino desde el presente hasta la eternidad: es la gracia de Dios que suele realizar el secreto de hacer al hombre mas feliz cuanto es mas desgraciado.

Ahora bien: este fácil y abundantísimo tesoro que tiene la Iglesia para todos sus hijos, lo brinda muy especialmente al guerrero cristiano. Y es que el guerrero es el hombre del peligro, y por eso le vereis generalmente con un excelente fondo religioso, que me lo repre-

sentada como al botón que contiene la flor y solo espera un rayo de sol para abrir su corola y exhalar su fragancia. Pero cuando se esclarece su razón con todo el esplendor de la fe, pone siempre su confianza en el cielo, y, armado con este impenetrable escudo, no desmaya jamás. Él lucha hasta la intrepidez y el heroísmo, porque esa confianza en Aquel *que no necesita de lanza ni de espada para otorgar el triunfo* (1), no consiste en una timidez cobarde ni en una inacción imprudente que todo lo confía á una Providencia que no se ha comprendido y que se confunde con la fatalidad. Á veces el guerrero teme por el éxito de la batalla, y su mirada se encuentra con la bandera que le recuerda su Religión y la honra de su Patria, y cobra nuevos bríos y se entusiasma y acomete y vence. ¡Gracias, Dios mío! exclama: y de esa esperanza realizada ha nacido una oración, y de esta oración renacen mil y mil esperanzas!

Mas aun, Señores: un Príncipe presenta ó acepta la batalla para defender un buen derecho; pero la fortuna le es adversa, porque Dios, en sus juicios inescrutables, permite alguna vez el triunfo del ambicioso y del tirano. Ese Príncipe aguardará todavía, porque la esperanza del cristiano revive de sus mismas desgracias, se multiplica con los golpes de la adversidad, y produce la constancia del justo en el mas alto grado. Y si otra y otra vez es vencido, otra vez y siempre confiará en la Justicia divina: su virtud le dará, al menos, la esperanza de una

(1) Reg. XVII, 47.

victoria que todo el poder del mundo no podrá arrebatarse.

Tal es la preciosa é interesante historia de nuestra España en los siglos de la dominación árabe. Las ciudades se rinden y los ejércitos sucumben; pero el corazón alienta, porque la esperanza le da vida. Las funestas batallas de Valdejunquera y Gormaz son vengadas en los campos de Caltañazor: los terribles desastres de Zalaca y de Uclés se compensan con Zaragoza y Calatrava: la derrota de Alarcos se olvida con las Navas de Tolosa. Para el Omniada tan victorioso con Almudahfar y Almanzor tuvimos á Fernán González y á Bermudo II; para el Almoravide Jusef, á Alfonso de Aragón y á Alfonso VII; y para el Almohade Aben Yacub al VIII de los Alfonsos. Nosotros veremos con el alma apenada las divisiones de nuestros Reyes y correr de vez en cuando sangre de españoles que pelean contra españoles en luchas fratricidas: mas, á pesar de todo, la fe religiosa se mantiene y habrá de realizar un día nuestras hermosas esperanzas.

El sol de ese día, católicos, ha aparecido sobre nuestro horizonte. ¿Oís ese grito de guerra que suena sobre los muros de una plaza, mezclado con los gemidos de los moribundos y acompañado del rugido de la tempestad? Es, Señores, la infortunada villa de Zahara, la triste víctima de la perfidia de Muley que escribe con su misma mano la primera página de la ruina de su Imperio. Volved ahora la vista y divisareis, en cambio, á un Capitán ilustre que avanza entre tierra de moros á la cabeza de un pequeño ejército. Es el célebre Ponce de León, Mar-



qués de Cádiz, cuyo bello retrato nos ha dejado escrito el moderno historiador Washington Irving, que se apodera rápidamente de Alhama, la llave de Granada, donde legaron á la posteridad sus nombres Diego de Merlo y Ortega de Prado. ¿Veis la cuesta de Alboacen teñida con la sangre de muchos héroes y donde cae cadáver un Giron, maestre de Calatrava? De ese revés nacerá otro rayo de esperanza enviado al corazón de los Reyes y á la España toda por el alcaide Pedro de Vargas desde los montes de Castellar. ¿Veis la horrible matanza de la Axarquía donde se oye la exclamación piadosa del maestre de Santiago y la voz de Ponce de Leon llamando á sus hermanos que sucumben y el juramento solemne de D. Alonso de Aguilar? Los corazones de Isabel y Fernando y el espíritu de esos guerreros no desmayarán, sin embargo, y mil consoladoras esperanzas les van bien pronto á sonreír en su camino.

¡Cuán grato es, Señores, recorrer y enumerar tantos laureles! Las glorias de Lucena, donde pierde su libertad Boabdil; el triunfo del Lopera, donde hace prodigios de valor Portocarrero; la toma de Ronda, donde Ureña y Aguilar se ciñen inmarcesibles coronas; la rendición de Loja, donde el arquero inglés viene á admirar y á imitar nuestras proezas; la toma de Íllora, donde el Duque del Infantado disculpa su ostentación con su heroísmo; la de Moclin, donde principia á lucir la estrella de Gonzalo de Córdoba; la de Vélez, donde el Rey Fernando expone arrojadamente su vida; la de Málaga, que nos recuerda los lauros de Ramirez de Madrid y la intrepidez de Mecedo; la de Baza, donde Pulgar es arma-

do caballero por su Rey á causa de una de sus mayores hazañas.

¡Oh! Son los mismos guerreros que yo he visto. Á la distancia de cerca de cuatrocientos años los soldados de la Segunda Isabel, combatiendo al sarraceno en su mismo suelo, no han sido menos valientes ni menos resignados que los que ensancharon los límites del reino de Isabel Primera. Habreis adivinado que hablo de nuestros guerreros de África. Permitidme, Señores, una corta digresión sobre ellos. Es seguir hablando todavía de las dulzuras de la esperanza cristiana.

Yo he podido contemplar de cerca á esos guerreros, cuyos duros sufrimientos eran la pesadilla de nuestras noches y con los cuales hubiéramos querido compartir nuestro alimento y dividir nuestro lecho. ¡Qué horror! Una naturaleza desencadenada rugía en medio de ellos. El viento azotaba sus tiendas, la lluvia inundaba su albergue, el frío paralizaba sus miembros, la muerte batía sus alas sobre sus cabezas. Una epidemia asoladora que pone espanto á todos los corazones los traía con los ojos hundidos, cárdenos y desfigurados á nuestros hospitales, dándoles tiempo apenas para recibir la bendición del Sacerdote. Y á todo esto un enemigo sanguinario y fanático les atacaba rudamente, y quedaba el campo de batalla sembrado de infelices que morían lejos, muy lejos de sus familias, murmurando el nombre de Dios y el de sus madres; viéndose entretanto pasar á nuestro lado hileras no interrumpidas de heridos, muchos de los cuales no podían comprimir sus ayes lastimeros, entre los que solía mezclarse el nombre de María

Santísima de África, invocacion tiernísima que hizo frecuentemente resbalar dos lágrimas por nuestras mejillas.

¿Y desmayaron, por ventura, esos guerreros? ¿Retrocedieron, tal vez, en su santa y colosal empresa? No, Señores, no. Dáales luz y vida la esperanza cristiana; y á su influencia bienhechora se tornaron gigantes, y en todos los encuentros vencieron, y en todas partes se cubrieron de gloria; que el plomo de sus carabinas y el hierro de sus bayonetas herian al islamita, ora cuando se arrastraba por las cañadas como la serpiente, ora cuando acechaba en los bosques como los chacales, ó ya cuando subia á las crestas de sus montañas como las águilas. Y mirad. ¿Veis aquella batalla comprometida, aquellas tropas cercadas, y al enemigo que avanza sobre ellas, imponente, amenazador y con la desdeñosa sonrisa de un triunfo seguro? ¡Ay de mí! Que el momento es supremo, la derrota probable y el socorro tardará demasiado. Pero he aquí que de repente se levanta un héroe inspirado, un General ilustre, cuyo nombre todos conoceis, que arrebatada con ademán terrible una bandera de manos del que la conduce, arenga á sus soldados á quienes comunica la llama de su heroísmo, y hace retroceder las filas enemigas, las arrolla, las destroza. Es el intrépido castellano que en las Navas de Tolosa pasea el pendon español por entre las hordas mahometanas, creyéndose invulnerable, porque en aquel lienzo iba simbolizada la esperanza en el Señor!

Pues bien: esa santa esperanza que hace cerca de cuatro años plantó nuestras banderas sobre las torres de

una ciudad africana, es la misma que hace cerca de cuatro siglos elevó sobre las torres de la Alhambra el estandarte de la Cruz.

Fué el 2 de Enero de 1492: dia el mas fausto de todos los memorables dias de nuestra historia; dia que los anales de la Religion y de la Patria han consignado en letras de oro y colman de tiernas bendiciones. La narracion del magnífico espectáculo que ofrece la entrega de la ciudad deseada, será siempre pálida para todo aquel en cuyas venas circule sangre puramente española; es decir, para el hombre que conserve intacta su fe y comprenda el verdadero patriotismo. Vale mas cerrar los ojos y representarse aquellas escenas con todo el fuego de la fantasía, á la manera que cuando despertamos de un delicioso ensueño, nos esforzamos para dormirnos de nuevo á fin de que continúen sus ilusiones.

La imaginacion y el sentimiento saben apreciar lo grande y lo bello en todo su valor. La imaginacion llega hasta á figurarse el incendio del campamento de Santa Fe como los fuegos extraordinarios que arden en las visperas de las solemnidades. La imaginacion ve las cristalinas aguas del Genil purificar las ensangrentadas del Guadalete. La imaginacion ve en los estandartes que ondean en la torre de la campana y en los Reyes que doblan ante el cielo sus rodillas, y en el cántico que resuena en el espacio, una vision celestial en que aparece la enseña de la Redencion, y se oyen los cantares angélicos que dicen á los poderosos de la tierra: «¡Solo con esta señal se alcanzan las verdaderas victorias!» Y el sentimiento toca tambien lo mas sublime de su esfera cuan-

do se contempla á aquel Rey infortunado que viene á entregar para siempre las llaves de la Ciudad que le vió nacer á otro Rey mas dichoso: cuando se ven los rostros macilentos de los cautivos que salen de sus prisiones, como naciendo á un nuevo dia: cuando se oye el estampido del cañon que parece decir á la Europa y al mundo con una voz semejante á aquella que un dia se escuchó en una ciudad pagana. ¡El libro del Coran ha huido ante el libro del Evangelio!

Digamos ya, Señores, la tercera palabra de esa inmortal empresa de nuestros Católicos Reyes, caridad. *Fides, spes, charitas, tria hæc.*

La Iglesia ama tiernamente al guerrero cristiano, del cual ha recibido pruebas irrecusables de amor. Ella vió honradas sus primeras páginas con los nombres de aquellos varones insignes que tan fielmente sirvieron á los Césares, sin dejar por eso de servir á su Dios. Ella recibió los homenajes de los hombres indomables del Norte que fueron, al fin, atraídos por la luz de la eterna verdad. La Iglesia ha contemplado en los guerreros de la edad media sus mas piadosos hijos, muchos de los cuales se prosternaron con frecuencia á los piés de los Pontífices, y les reconocieron como Vicarios de Jesucristo, y les dieron pueblos que constituyeron poco á poco aquella Soberanía que consolidó el poder de los Estados; Soberanía que otros hombres que se dicen católicos

pretenden hoy arrebatarnos, agitados por el espíritu de la revolucion y de las ambiciones. Pocos nombres, Señores, justificarán mi pensamiento. Sebastian, Clodoveo, Recaredo, Carlomagno, Fernando III, Juan de Austria, Sobieski.

El filosofismo ha hecho una objecion á la Iglesia, acusándola de favorecer las guerras y el espíritu de destruccion con la bendicion de las banderas; objecion miserable que solo puede embarazar al que desconozca la doctrina católica, ó no haya hecho una excursion por la historia. La Iglesia deplora generalmente las guerras, porque sabe que ellas son un azote de la justicia de Dios. Mas cuando se defiende un derecho legítimo; cuando se reclama el cumplimiento de un tratado justo, la Iglesia no puede descargar sobre esas guerras el peso de su reprobacion. Ha hecho ya cuanto ha podido hacer, mucho mas de lo que hasta ella se habia hecho. Ha humanizado los instintos del guerrero: ha dado á los pueblos un derecho de gentes de que se tenian muy imperfectas nociones: ha descargado sus anatemas sobre aquel que no alarga una mano generosa al vencido que se rinde, sacando á las guerras de aquella espantosa condicion que inspiró estas palabras á un poeta:

Nulla est ardentis miserans clementia bello;
Impetuosa pium dextera nescit opus ⁽¹⁾.

«En la guerra no existe la clemencia, y allí la diestra impetuosa sacrifica sin piedad.» La Iglesia, en fin, apa-

(1) Faust. Andrelinus, in Distichis.

rece mas henchida de júbilo cuando entona un **TE DEUM** por la paz, que cuando lo canta para celebrar una victoria.

Todo esto, Señores, es de la mas pura caridad: el amor de Dios reflejando siempre el amor al prójimo. Y esta suavísima doctrina que se va manifestando de la manera mas completa en todo el camino de la restauracion de España, resalta con muy vivos colores en la conquista de Granada, porque impulsados sus héroes por la gloria de Dios y por el amor á Jesucristo, sus nobles corazones no podian dar cabida ni á los rencores ni á las venganzas.

La primera de las hazañas que se ejecutaron en aquella larga série de diez años es un bellissimo rasgo de caridad que interesa á todas las almas delicadas y sensibles, y la accion magnánima del Duque de Medina Sidonia llevando sus tropas sobre Alhama para socorrer á su enemigo y rival, el célebre Marqués de Cádiz, es un ejemplo fecundo que debe recomendarse mucho á los hombres de nuestras sociedades.

Pero observad, Señores, la conducta de esos Reyes. Fernando, avaro siempre de la sangre de sus guerreros, á los que ama como á hijos. Fernando, vertiendo lágrimas de dolor por la temprana muerte del valiente D. Juan de Lara en los jardines de Baza. Fernando, recomendando siempre el uso moderado de la victoria, y asociándose, además, en todas ocasiones á los prudentes consejos y á las piadosas obras de su virtuosa consorte. Isabel.... ¡oh! la caridad de Isabel es un arroyo purísimo que baña mansamente las márgenes de toda su preciosa

existencia, pero con especialidad esa rica epopeya de sus glorias. Isabel borda por su mano los ornamentos de muchos templos, arrojando la semilla de la caridad en los corazones que la admiran. Isabel se desprende gustosa de todas sus alhajas para sostener sus ejércitos. Isabel defiende contra injustas censuras y da dulces consuelos al famoso Conde de Cabra por una expedicion desgraciada. Isabel se conmueve hondamente en Moclin á vista de los cautivos y de los prisioneros á quienes cuida cariñosamente. Isabel propone ventajosas capitulaciones á Málaga por compasion á sus habitantes. Isabel da aquellas pruebas de generosidad que hacen cristiano al noble Príncipe Cidi Yahia, y que, impresionando fuertemente á Abdallá, el temible Zagal, pone en sus manos la posesion de un Reino.

Pero no es esto todo, Señores: cuando esa mujer extraordinaria revela toda la caridad de su alma, es despues que los moradores de Granada se cuentan en el número de sus súbditos. La Ciudad mora, sumida en los errores del Profeta, es un campo cubierto con las nieves y con los hielos del invierno: Isabel será el sol de un claro dia que derretirá suavemente esa nieve para fecundizar la tierra. Ella comprende perfectamente el verdadero espíritu del Catolicismo, tan intolerante para con el error, como tolerante y benigno con los individuos. Por eso escoge para el gobierno de Granada dos hombres eminentes, cuyos sentimientos la son bien conocidos; el ilustre Conde de Tendilla, tan bravo en las lides como discreto y humano en los consejos, y el Obispo Fr. Hernando de Talavera, Prelado ejemplar tan hu-

milde y virtuoso, que parece como que va por todas partes repartiendo pedazos de su propio corazón, realizando numerosas conversiones con la persuasión de su palabra y con el ejemplo de su santidad. ¿Qué no podía esperarse, Señores, de aquella mujer privilegiada que había de morir encargando la caridad y la dulzura para con los indios?

Ved ahora por que la memoria de esos Reyes ha sido bendita por todas las generaciones; porque la empresa á que dan cumplida cima no ha inspirado sino elogios á todos los hombres verdaderamente sabios. La Iglesia, á cuyo reino místico añaden tantas nuevas conquistas, les llama con un dictado altamente glorioso, y coloca, reconocida, sus nombres en sus antifonas sagradas. La historia, cuyas páginas enriquecen con sus grandes figuras, les presenta los mas honrosos homenajes y los enseña como el mas bello modelo á esos otros conquistadores guiados únicamente por el orgullo, por la ambición y el egoísmo. La España, á la que han llevado hasta el apogeo de sus grandezas y colocado al frente de las mas poderosas naciones, ama dulcísicamente su recuerdo. Granada, la ciudad de los ensueños de su vida, favorecida de su amor y sus liberalidades, no puede pronunciar sin indecible entusiasmo y sin emoción profunda sus nombres venerandos; y hasta estas majestuosas bóvedas por donde vagan, acaso en este instante, los espíritus de aquellos esclarecidos Monarcas, acompañados con el del Gran Cardenal Gonzalez de Mendoza, diríase que repiten el eco de nuestras alegrías y nuestras bendiciones. Era justo, católicos. Ellos habían comenzado un camino

largo y peligroso en alas de su fe, siguiéndolo animosos entre consoladoras esperanzas y llevándolo á feliz término con los encantos de la caridad. *Fides, spes, caritas, tria hæc.*

Excemos. Sres.: ¡cuánto bien hace á un corazón cristiano meditar sobre el cuadro arrebatador que ofrecen estos solemnes cultos! Esa estrecha alianza de las dos sublimes potestades de la tierra; esa santa concordia del Sacerdocio y del Imperio, son hoy, con mas razón que nunca, el ejemplo que edifica, la ofrenda que consuela, el porvenir que sonríe, el rocío benéfico que puede salvar algunas plantas enfermizas de las sociedades contemporáneas. El auxilio de la Religión es indispensable para salvar el trono y las instituciones: el auxilio del brazo secular es útil para conservar la pureza del dogma y para moralizar las costumbres. Sentimos silbar con furia horrible sobre nuestras cabezas el viento de las revoluciones: mas, por fortuna, nuestra Patria cuenta con un medio poderoso para su salvación y su dicha. Este medio, Señores, es la unidad religiosa que nos legaron con la unidad política Isabel y Fernando.

Esa unidad de culto es en todo tiempo un elemento inapreciable de seguridad y de vida; pero muy principalmente en las épocas de los grandes trastornos políticos y de las usurpaciones detestables. Ella ha tenido á la España alejada del flujo y reflujo de las terribles pasiones que, desde hace tres siglos, vienen agitando á la Europa. Ella sola, quizá, es la que ha conservado el sòlio de San Fernando á otra Isabel, como la Primera

Católica, y como ella vencedora, y como ella caritativa, reinado venturoso que, como entonces y mejor que entonces, yo considero para los españoles como un muro salvador que les está libertando de las frecuentes avenidas de un río desbordado. Y á ese medio, Excmos. Sres., (sí, me complazco en confesarlo) vosotros unís vuestros nobles esfuerzos y vuestra loable perseverancia, y yo me encuentro autorizado en este instante para daros las gracias en nombre de la Religión y de la Patria.

Católicos, no ha mucho tiempo oyóse entre nosotros una noticia que aterraba. Decíase que en Granada había gentes que abjuraban la religión de sus padres, y amenazaban la sociedad con sus teorías funestas y perturbadoras. ¡Ojalá que el error haya pasado sobre esos alucinados espíritus como pasan las tempestades del mar cuando invaden las pintorescas playas, que al retirarse las olas, han dejado más lavadas y limpias las arenas! Pero si aun restase algún desdichado que quisiera poner esa mancha sobre el libro de nuestras tradiciones gloriosas, huya pronto á otro suelo, porque en el suelo de Granada se levantarían por todas partes sombras augustas que le lanzarían desde sus tumbas gritos de indignación y de anatema.

Y sinó, Señores, vosotros que habeis asistido á esta solemnidad con el más piadoso recogimiento, murmurando religiosamente vuestras oraciones: vosotros que habeis oído con ardoroso entusiasmo la narración de nuestras glorias y las hazañas de nuestros héroes, demostrando con esa doble manifestación que, á través de las expresivas ceremonias de este día, solamente distin-

guís dos reinos, el reino de Jesucristo y el reino de vuestros legítimos Soberanos; vosotros, repito, decid á esos hombres si los encontráis á vuestro paso. ¡Insensatos! Sacudid vuestros delirios. Nada hay tan hermoso como la fe cristiana que guía la inteligencia, como la esperanza que consuela el corazón, como la caridad que reparte sus dulzuras á manera de flores. Nada tan embalsador como la acción de gracias que se eleva al Eterno por los inmensos beneficios que derrama sobre el hombre, y que sube hasta su trono como las espirales de humo del incienso que se quema en el Templo. Nada en fin, tan honroso y tan bello como la fidelidad á nuestros Reyes que tanto confían en la lealtad y en la hidalguía de sus amados súbditos. Esa es, terminaréis diciéndoles, esa es la única senda que conduce en este mundo á la paz de la conciencia, y por donde se llega después hasta las mansiones de la eternidad. AMEN.

O. S. R. E. C. H. S.